

AGENDA CIUDADANA

CHINA: COMPETIDOR Y PUNTO DE REFERENCIA

Lorenzo Meyer

Una Gran Apuesta. Lo normal es que los países ricos le quiten a los países pobres los pocos grandes científicos que logran tener. Así, Mario Molina, el único premio Nóbel mexicano en ciencias, está trabajando en Estados Unidos. Pero cuando hay voluntad política, puede suceder lo contrario: la universidad de Qinghua, cerca de Beijing, acaba de arrebatarse a Princeton a Andrew Chi-chih Yao, uno de los científicos más importantes en materia de cómputo. Para lograrlo le ofreció al profesor de 58 años un muy buen salario, una buena casa, un buen laboratorio y un equipo de estudiantes graduados para que trabajen con él y formen una masa crítica, (The New York Times, 28 de octubre, 2005). En México se podría intentar lo mismo con Molina y con otros científicos de calidad aunque menos famosos, pero todo indica que no hay la inteligencia ni la voluntad política para hacerlo.

Un Gran Problema. Hace un siglo, la imagen de los chinos en México era negativa en extremo. Muchos mexicanos de entonces se permitieron mostrar un sentido de superioridad frente a los asiáticos. Hoy la situación es otra, y ante eso que los chinos llaman “la restauración” del lugar que les corresponde en orden mundial, México ha reaccionado con una mezcla de sorpresa, admiración y temor, pero sin tomar las medidas que debiera para que ese proceso no signifique otro golpe a nuestro proyecto nacional.

China ya desbancó definitivamente a México como proveedor privilegiado de manufacturas a Estados Unidos, posición que por un momento México supuso suya tras la firma del Tratado de Libre Comercio de la América del Norte (TLCAN). Y si

los dirigentes mexicanos siguen sin tomar medidas de fondo en materia de educación en general y de ciencia y tecnología en particular, nuestro espacio en la globalización se reducirá aún más.

Vicente Fox es hoy un campeón mundial del libre comercio en cuyo nombre ha cargado con brío contra aquellos que dudan de la bondad del concepto. Tal fue el caso de su reciente confrontación con los líderes del MERCOSUR y Venezuela. Sin embargo, el esfuerzo mexicano ya no debe invertirse en luchar por más mercados; el país ya tiene más comercio libre del que realmente puede aprovechar. El problema ya no es ampliar el número de compradores potenciales sino ser competitivos y para ello el mejor camino –el único- es el de la educación e investigación científica de calidad.

Para México el principal y casi único mercado externo es el norteamericano y ahí ya el problema no es tenerlo sino saber aprovecharlo. El discurso foxista en favor del ALCA pareciera menos una bandera y más un velo para cubrir lo que no se ha hecho en materia de cambios para mejorar nuestra competitividad. El “gran salto adelante” que el país debió de haber dado hace tiempo es el de una revolución cualitativa en el sistema de educación y una inversión sustantiva y selectiva en ciencia y tecnología, áreas que permitan explotar el mercado de servicios y bienes con alto valor agregado. Sin una formación acelerada de capital humano, no lograremos recuperar el dinamismo económico que alguna vez permitió, cuatro decenios atrás, un crecimiento per cápita nueve veces mayor al del sexenio actual.

Al morir en 1976 el premier chino Zhou Enlai -ejemplo de revolucionario con sentido común-, dejó un testamento donde señalaba que una vez arraigada la revolución, su país debería llevar a cabo cuatro grandes modernizaciones: la agrícola, la industrial, la militar y la de la ciencia y tecnología. El consejo no pudo ser mejor:

sólo quemando etapas un país pobre y atrasado como China -o como México- puede aspirar a salir del círculo vicioso en que le metió la historia. Y la arena donde debe concentrarse voluntad, recursos y aceleración máxima, es aquella donde descansa el dominio de los países centrales: la del conocimiento científico.

En principio, y desde el siglo XIX, entre nosotros no han faltado las voces autorizadas que señalaron que en la educación masiva y de calidad estaba una de las salidas, quizá la única, del férreo círculo vicioso de atraso y pobreza en nos había encerrado el pasado colonial. La importancia central de la política educativa para el proyecto nacional la subrayaron lo mismo Gabino Barreda que José Vasconcelos y muchos otros ilustrados con influencia política. Los presidentes de cada época nunca dejaron de incluir en su discurso el tema, pero pocos le pusieron la pasión y obsesión que se requería. Hoy la verdadera lucha nacional debe darse en la canalización del máximo posible de recursos públicos y privados a ese campo de inversión que produce los dividendos más altos: la educación formal de calidad y el desarrollo de instituciones de excelencia mundial en materia de ciencia y tecnología, justo como lo hace China.

Indicadores. Si el lector echa un vistazo comparativo a las puras cifras, pareciera que México realmente no está tan mal en materia de educación. En el Libro del año de 2005, la Enciclopedia Británica señala que nuestro producto per capita ajustado según el poder de compra (PPP) es más del doble que el chino y que también es doble la proporción del PIB que el país dedica a la educación. En este último indicador, nuestro país no está muy lejos de Estados Unidos, aunque es claro que en esa materia hay otros que nos sobrepasan tanto a nosotros como a nuestro vecino del norte.

El problema no es la cantidad sino la calidad. Los indicadores publicados por la OCDE en relación a la calidad de nuestro sistema educativo muestran que en ese campo estamos en el penúltimo lugar (Stéphanie Guichard, “The Education Challenge in Mexico: Delivering Good Quality Education to All”, 30 de septiembre, 2005). Hilando más fino, encontramos que la relación de estudiantes por profesor en educación superior es mejor en China que en México, pues el esfuerzo en ese país se está concentrando en la parte más sofisticada de la trasmisión y creación del conocimiento. Además, ahí entra en juego ese factor que hace que un país con más de 1,300 millones de habitantes le lleve ventaja a cualquier otro. Pese a lo modesto de su ingreso per capita, China duplica el número de estudiantes que México tiene en instituciones de educación superior y una buena parte de ellos está preparándose fuera –el 40% de los profesores de la Universidad de Beijing tienen estudios en el extranjero, en particular en Estados Unidos- o en universidades locales de excelencia. En realidad hay cuatro veces más estudiantes graduados en el área de ingeniería en China que en Estados Unidos. Sólo en ingeniería, China produce cada año 442 mil licenciados, 48 mil maestros y 8 mil doctores. En el 2003 China invirtió 10 mil millones de dólares en su educación superior (The New York Times, 28 de octubre, 2005).

China está deliberadamente creando una élite del conocimiento que se aleja mucho del ciudadanos promedio –el ideal de igualdad hace tiempo que es historia pasada- pero que ya se acerca mucho a los mejores de los países que están en la punta del desarrollo del conocimiento.

En el pasado, China, como en su momento Japón, se dedicó a copiar los productos desarrollados en los países más adelantados, pero hoy ya no es necesariamente ese el caso. En biotecnología la investigación china tiene ya áreas de

punta, en 2007 va a lanzar su primer cohete espacial y ya está trabajando para producir dentro de once años su primer gran avión comercial. Dejó de imitar y pasó a crear.

La Elite. En China el consejo de Zhou Enlai sobre la modernización tecnológica se está siguiendo al pie de la letra y con gran éxito. México también podría seguir ese camino y con una ventaja sobre nuestro gran competidor asiático: que aquí la vida académica se puede desarrollar con mucho mayor libertad, elemento esencial para lograr la excelencia de las grandes universidades y centros de investigación que en el mundo son. Se puede alegar que faltan recursos, pero con voluntad se pueden encontrar, pues México tiene reservas por 60 mil millones de pesos que no están sirviendo para nada productivo (el guardarlas, incluso está costando), si PEMEX se cuida de que no le roben combustible, tendría un ahorro de 12 mil millones de pesos, a los que se pueden añadir un par y medio de miles de millones de pesos más si se recorta a la mitad el subsidio a los partidos.

En conclusión, lo que realmente hace falta a México, y con urgencia, no son mercados sino la voluntad e inteligencia para aprovechar los que ya tenemos. Una gran inversión en educación y ciencia de alta calidad es una de las mejores soluciones de cara al futuro inmediato y, sobre todo, al de largo plazo.